

carta de la directora



Marta Michel

Los años del plomo

En el transcurso de una merienda de chocolate, bollos y confidencias con nuestra colaboradora Maite Pagazaurtundua, expresidenta de la Fundación Víctimas del Terrorismo y una de las mujeres que más se ha significado en la lucha contra los violentos, me preguntó sobre mis comienzos en el periodismo. Y le conté que el primer encargo de mi jefe cuando era una estudiante de Periodismo en prácticas en el El Diario Vasco de San Sebastián fue pedirle a mi vecina una foto de su marido que acababa de ser asesinado de un tiro en la sien. Bajé temblando con mi madre a dar el pésame a la viuda y los siete hijos y cumplí el trabajo. Todavía la recuerdo. Era una foto de carné en blanco y negro de Juan Manuel García Cordero, delegado de Telefónica en el País Vasco, cobardemente asesinado y abandonado por los terroristas a dos pasos de nuestra casa, en el Monte Ulía. Ahora Maite me ha pedido que lo escriba para complementar el relato que ella teje en este número sobre el papel clave de las mujeres contra ETA y el clima de «inmoralidad profunda» en que la sociedad vasca vivió durante décadas.

No es ni más ni menos que una historia personal, como tantas otras, que muestra cómo nuestra generación, la de los jóvenes de los 80, vivimos en el País Vasco los años del plomo inmersos en una violencia atroz. Unos conviviendo con ella como si esa fuera la forma 'normal' de existir y otros padeciéndola cruel y directamente. Para todos, los días transcurrían entre zambombazos, tiros, secuestros, autobuses quemados, carreras o barricadas. Y un silencio frío cuya expresión más habitual era mirar para otro lado. Porque el miedo a ser señalado por amigos, vecinos o colegas formaba parte del «todo tranquilo». ¿No era nuestra vida una rutina?: Agacharse a mirar los bajos del coche, hablar solo del tiempo, tomar un vino en el bar de siempre, echar a correr con el cochecito del niño al sonar las sirenas, pasear tranquilamente por La Concha oyendo sin escuchar «ETA mátalos», mentir a las compañeras de colegio que hacen preguntas sospechosas... Y así día tras día, año tras año, vacaciones tras vacaciones. Parecidas tragedias y el mismo silencio. Maite y yo pedimos un segundo chocolate. De nuestra infancia no hay recuerdos de un patio de Sevilla. Pero sí del estado de excepción. Todavía no levantaba dos palmos del suelo, iba fuertemente agarrada de la mano de mi padre, igual de aterrorizada que mi hermana. Al doblar la esquina del Kursaal, delante de la playa ahora repleta de surfistas, decenas de tanquetas enormes, grises, amenazantes, nos hicieron volver a casa. Asomadas a la ventana, siempre veíamos la misma pintada: «Apala, asesino». Durante años, para nosotras fue tan familiar como cualquiera de esas de «Lola, te quiero». Pertur había desaparecido pero nosotras lo ignorábamos. Como tantas cosas. Ha llovido mucho, nos hemos hecho mayores, pero las cicatrices permanecen. Y con la excarcelación de Inés del Río, y con su «sonrisa inmisericorde», como dice Maite, han saltado los puntos.

... y esta semana os recomiendo

Un 'lifting' digital

La web de YO DONA ha cambiado de piel como la de EL MUNDO. Más visual, más intuitiva, con más personajes, mejor moda y los blogs más divertidos. Pasa la página y verás...

Una dosis de bibliomanía

Si te gusto *La librería Encantada*, no deberías perderte *Los Amores de un Bibliómano* (Ed. Periférica), de Eugene Field, de un humor exquisito: «Las mujeres son volubles. Los hombres también, pero los libros nunca cambian». Enamorémonos de ellos, pues.

